

Para una historia de los deportes en Cuba(1800-1899)

Carlos E. Reig Romero

Museólogo. Museo Casa Natal de Rubén Martínez Villena.

La multicultural inmigración española participante en el poblamiento de Cuba trae entre sus hábitos, tradiciones y costumbres, sus experiencias deportivas, las que con los años se integran a la naciente sociedad criolla, teniendo en cuenta los gustos, posibilidades y necesidades espirituales de las clases, estamentos y grupos sociales de cada localidad.

El gusto aristocrático por la caza, la natación, la esgrima, la equitación y el ajedrez, expresión tanto de elegancia y distinción como de poder en la sociedad feudal española, es imitado por las familias ricas de la Isla. Algunas de estas prácticas, relacionadas con la subsistencia, la defensa y el placer, se hacen, lentamente, ordinarias en otros estamentos y grupos sociales de la población blanca, y en menor grado en la negra liberta.

La influencia de la Iglesia católica se refleja en las fiestas religiosas tradicionales u ocasionales que, unidas con las de carácter civil, integran una significativa suma de días feriados. José Antonio Saco calculaba, a fines de la década de los años 20 del siglo XIX, que «además de los cincuenta y dos domingos del año, cuenta la Isla de Cuba gran número de días festivos, que reunidos a los primeros, absorben una cuarta parte del año».¹ En este

conjunto de festividades religiosas y civiles hay hombres que gustan mostrar su destreza, fuerza, energía, velocidad, resistencia, flexibilidad y combatividad en las diferentes porfías deportivas. Otros ejercicios físicos integran estas fiestas lúdicas: baile, palo ensebado, la cucaña, tiro al blanco, carreras de sacas y corridas de toros, preferidas estas últimas por los españoles, las que comienzan en el siglo XVI.² Sin embargo, la construcción de una plaza permanente demorará hasta 1796, casi cincuenta años después de la primera que se levanta en España. Esta pionera del arte taurino en Cuba comparte el público con el teatro El Coliseo, el primero inaugurado en La Habana, el 20 de enero de 1775. En 1818, se construye otra plaza de toros en la calle Águila; le siguen la del Campo de Marte (1825-1836), la primera del poblado de Regla (1842-1855) y la de Belascoaín (1853-1897).³

Algunas de las actividades deportivas antes mencionadas se efectúan de manera espontánea y eventual, en lugares públicos, por distintos motivos: obra benéfica, rivalidad personal, apuestas, etc. Coexisten, además, las realizadas por inmigrantes de determinada región de España, poco populares entre

los naturales de otros pueblos españoles y entre los criollos. Tales son los casos de la pelota vasca y la lucha canaria. La primera es el único deporte con pelota que arriba a la Isla procedente de la metrópoli, traído por el pueblo vasco. El primer reporte de su existencia en Cuba data del 12 de diciembre de 1790, cuando un grupo de vascongados, vecinos de la capital y dedicados al comercio, trabajos de oficina o el ejército, deciden realizar un partido en el área de la Real Factoría. Su anuncio, publicado en *El Papel Periódico de La Habana*, a pocas semanas de salir su primer número, el 24 de octubre de 1790, finaliza con una décima, como antiguamente hacían los trovadores vascos al anunciar al público importantes partidos. El otro deporte, oriundo de las Islas Canarias, «uno de los símbolos principales de la cultura» de ese pueblo,⁴ es la llamada lucha canaria, practicada por los hombres de campo. No se ha encontrado reporte de la existencia de este tipo de lucha en Cuba hasta 1848,⁵ lo cual no invalida la posibilidad de que la inmigración canaria, la trajera desde el siglo XVIII, y realizara combates como diversión en algunas de las fiestas tradicionales de este pueblo, como por ejemplo el día de la Candelaria y de San Juan.

Completa este inventario deportivo el billar y los boliches. En el caso del primero, sin saberse si su procedencia es española o francesa, llega a popularizarse en la población blanca de toda la Isla en los primeros treinta años del siglo XIX. Se colocaron muchas mesas de billar en fondas, posadas, lugares de diversión y, en menor número, en instalaciones independientes. Hasta en «caseríos de 20 o 30 edificaciones, los registros censales podían señalar los servicios predominantes como la panadería, la tienda mixta, la posada y su billar, la valla de gallos y la iglesia, apenas sin estar acompañados de viviendas o familias estables».⁶ Saco considera el billar como muy difundido en toda Cuba y uno de los juegos que ocupa el tiempo de ocio de los hombres blancos, debido a las apuestas, lo que contribuye a la vagancia, mal de aquellos tiempos. Por ejemplo, en Sagua la Grande existían en 1837 dos billares y para 1840 habían aumentado a cinco. Santiago de Cuba contaba en 1814 con cuatro y en 1827 totalizaban veintiséis. En 1843 la capital tenía registrados cuatro en intramuros y diez en extramuros.⁷ El negocio de los billares es tan próspero, que se comienzan a instalar fábricas para construir las mesas. Jacobo de la Pezuela registra, en La Habana, 62 billares en 1862.⁸

El boliche, de procedencia española, no era tan popular como el billar, y tuvo una propagación lenta. Lugares de diversión pública —entre los que están El Tívoli y El Recreo de la Chorrera— lo ofrecen como una de las opciones de juegos. En 1843, existen dos en extramuros y veinte años después Pezuela reporta

catorce en La Habana. Algunos establecimientos instalan tanto billar como boliches.

En relación con las actividades deportivas de los negros esclavos, la información es muy pobre. El único reporte trata del «baile del maní», practicado por esclavos procedentes de Guinea y ubicados en las regiones de Matanzas y Las Villas. Era una mezcla de baile e intercambios de golpes entre dos hombres, y contaba con variados estilos: «maní limpio», «maní con grasa» (se engrasaban la cabeza, el tronco y los brazos con manteca de corajo para que los golpes resbalaran y perdieran efectividad), «a puño y muñeca limpia» y «con muñequera» (brazaletes con cabezas de clavos, púas de acero o piedras, en muñecas y antebrazos, para que los golpes fueran certeros) Lo realizaban entre ellos o en duelos —organizados por sus amos— contra las dotaciones de otros ingenios. Algunos esclavos obtuvieron su libertad al vencer en este baile de puños y hacer ganar a sus amos grandes sumas de dinero en las apuestas.⁹

Este panorama deportivo continúa, casi sin cambios, hasta los años 20 del siglo XIX. El deporte no participa del proceso de transformaciones que experimenta la sociedad colonial en casi todas sus esferas entre 1763 y 1820. A pesar del incremento del intercambio cultural con otros países, como resultado del auge comercial, no llegan a la Isla nuevas experiencias deportivas. Se mantienen las actividades vinculadas o no al complejo festivo lúdico, con carácter local, espontáneo, ocasional, sin reglamentos escritos; no hay entrenamientos sistemáticos, ni hombres que se dediquen al deporte como profesión. A excepción del billar y la plaza de toros, no existen locales dedicados a la práctica deportiva. En la casi totalidad de las actividades apuntadas predomina la exclusión de la raza negra, tanto liberta como esclava.

En el período del Despotismo Ilustrado (segunda mitad del siglo XVIII) se manifiesta en España cierta animación por el tema del mejoramiento físico de niños y jóvenes, con la inauguración de un instituto fundamentado en la revolucionaria pedagogía del suizo Juan E. Pestalozzi (1746-1827), que incluye los ejercicios físicos en la preparación de los educandos. Por este motivo, se le adjunta a esa institución un gimnasio con la guía de Francisco Amorós Ondeano (1767-1848). Este proyecto no sobrepasa el año 1808, a causa de los hechos políticos que culminan con la invasión napoleónica a España. La posibilidad de volver a darle vida al gimnasio no entra en las intenciones gubernamentales españolas. Sin embargo, los interesados en esta cuestión montan gimnasios en algunos colegios privados y fundan otros como instituciones independientes. Todos estas personas están influidas por lo que acontece en Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia,

Dinamarca e Italia, países que poseen institutos, academias y gimnasios en los que se trabaja por el mejoramiento físico de la juventud. España queda a la zaga de este movimiento continental por el establecimiento de la Educación Física. No es de extrañar que esta actitud de la Corona española se refleje en sus colonias. Lo significativo, en el caso de Cuba, es la poca atención brindada, hasta 1839, por los más ilustres pensadores de la burguesía criolla, hombres muy bien informados en las diferentes corrientes del pensamiento mundial de su época, que debieron tener contacto con los escritos de los filósofos Thomas Eliot, John Milton, John Locke y Juan Jacobo Rousseau, y los pedagogos Pestalozzi y Guths Muths, propugnadores de la importancia de los ejercicios físicos. Preocupado e interesado por buscar un método pedagógico para la enseñanza primaria en Cuba, el obispo Juan José Díaz de Espada (1756-1832) aprovecha la invitación real cursada a las Sociedades Patrióticas de las colonias para visitar el Instituto pestalozziano, y envía a Madrid a su colaborador Juan Bernardo O'Gavan, profesor de filosofía del Seminario de San Carlos, con el objeto de que conozca las experiencias de aquella institución y poder implantarlas en Cuba. La permanencia de O'Gavan en ese lugar es interrumpida a los tres meses de su llegada por los hechos de 1808. A su regreso a La Habana, el 12 de diciembre de ese mismo año rinde informe de sus gestiones a la Real Sociedad Patriótica y considera el método pedagógico analítico «con prodigiosos efectos», pero al abordar los ejercicios físicos indicados a los alumnos, expresa:

Se hicieron algunas innovaciones en el mecanismo de los ejercicios; se agregaron ciertos juegos gimnásticos para desenvolver las facultades físicas de la juventud, al paso que se desarrollaban las intelectuales y morales, y como en su ejecución se violentaban demasiado los órganos delicados de los niños, resultaron algunas desgracias que sirvieron de motivo a los desafectos para desacreditar el instituto.¹⁰

Termina su informe expresando que «el proyecto de establecimiento en La Habana, aun cuando hubiese tenido mejor suerte en la metrópoli, presentaría siempre dificultades, acaso insuperables, en atención a los grandes fondos que serían necesarios para dotar el inmenso número de maestros.¹¹ De esta manera finaliza el primer acercamiento de la ilustración criolla al tema de la educación física. Casi diez años después, el 18 de octubre de 1817, Nicolás Ruiz Palomino, al participar en la convocatoria de la Sección de Educación de la Real Sociedad Patriótica —fundada en 1816 para modernizar la educación primaria—, retoma el tema de los ejercicios físicos en los niños y opina que se le debe permitir «entregarse al placer de la recreación a fin de favorecer su crecimiento y de fortificar su

constitución [...] sean excitados a emplear su tiempo en ejercicios tan útiles y saludables de que resultarán muy buenos efectos.¹² Sin embargo, al resumir los aspectos principales de su proyecto de reforma, no incluye la realización de ejercicios físicos por los niños. Coincidentemente, O'Gavan, rival político de Nicolás Ruiz, presidía la Comisión encargada de analizar y aprobar este proyecto; se opone a la propuesta y logra su desaprobación. Vuelve a abandonarse el tema de los ejercicios físicos en la educación primaria, y tendrán que transcurrir dos décadas para que resurja esta problemática entre los ilustres criollos blancos.

Otro aspecto importante relacionado con la situación de la actividad deportiva en España, y por tanto con su incidencia en Cuba, es lo alejada que se encuentra de lo que acontece en Inglaterra, desde la segunda mitad del siglo XVIII y, posteriormente, en el resto de Europa y en los Estados Unidos. Junto al desarrollo del capitalismo industrial aparecen los gérmenes del deporte moderno. La clase burguesa desea utilizar su tiempo de ocio y apostar su dinero en nuevos pasatiempos, entre los que están las manifestaciones deportivas que, durante un proceso de muchos años, se van diferenciando de las formas lúdicas tradicionales.

El deporte moderno demora en llegar a España, con respecto a otros países del continente, algunas décadas. Por ejemplo, la primera carrera de caballos en Madrid ocurre en 1830, «después de cincuenta años, por la influencia inglesa y francesa».¹³ Para el historiador J. Vicens Vives, la España de la primera mitad del siglo XIX no puede calificarse de deportiva.¹⁴

Evidentemente, el referente del deporte moderno para Cuba no podía ser España. A partir de la segunda mitad de los años 20 del siglo XIX aparecen en la Isla las primeras manifestaciones, de manera imperceptible y lenta, vinculadas a la inmigración europea, fundamentalmente francesa, incentivada desde 1817; el crecimiento del intercambio comercial al calor del decreto de 1818 que garantiza el libre comercio; la modernización de las ciudades; el incremento de los viajes desde y hacia los Estados Unidos gracias a los barcos de vapor; el surgimiento de nuevos gustos en el uso del tiempo de ocio en las poblaciones urbanas; el constante intercambio cultural con inmigrantes o visitantes de otras naciones; la llegada de compañías teatrales de otros países, entre las que están las ecuestre-gimnásticas, que ponen en contacto al público con buenos jinetes, equilibristas, acróbatas, trapeceistas, levantadores de pesas, etc., incentivan la práctica de ejercicios físicos y crean una nueva variedad asimilada por un público en constante incremento.

La Habana es, para muchos, una tentadora oportunidad para probar suerte y dar a conocer

novedades que les reporten alguna ganancia. Entre estos buscavidas se encuentran floretistas italianos, franceses, norteamericanos y españoles que ofrecen asaltos públicos con la novedad de invitar a los espectadores y ofrecer dinero a quienes los lleguen a vencer. Es probable que la colonia francesa establecida en la capital contribuyera al gusto por los asaltos de esgrima y que, poco a poco fuera creando un público interesado en este entretenimiento.

El auge que toman estos asaltos hace pensar a algunos esgrimistas en la conveniencia de abrir un establecimiento dedicado a la enseñanza de este deporte. En los primeros días de enero de 1836, Juan Galletti, músico italiano, integrante de una compañía de ópera de temporada, decide establecerse en La Habana y fundar una Academia de Esgrima —la primera de que se tenga noticias—, con un horario que facilita la asistencia de jóvenes de la clase media y de familias criollas blancas adineradas. El Tívoli, para ponerse a tono, anuncia el 31 de ese mismo mes que ha contratado a un profesor de experiencia en colegios españoles para atender las solicitudes de aprendizaje de la esgrima.¹⁵ En una ocasión da a conocer la presencia de la tiradora madame Virginia Orioh, la primera mujer que realiza combates de esgrima en Cuba, aunque el uso de féminas en espectáculos deportivos constituyó un mecanismo utilizado en ocasiones para buscar un mayor público.

El ejemplo de Galletti fue seguido por otros profesores en la capital. La novedad de la Sala de Armas o Academia de Esgrima fue imitada en otras localidades. El francés Francois G. Bauge inaugura una Academia en Matanzas y Santiago de Cuba la imita. Algunos teatros alquilan sus áreas para las salas de esgrima y varios colegios comienzan a impartirles clases de este deporte a sus alumnos.

El primer torneo entre tiradores de varias salas ocurre en 1867, organizado por Galletti. Eran excluidos los integrantes de la pequeña y mediana burguesía de criollos negros y mulatos. De hecho, no se ha encontrado información sobre si estos llegaron a organizar alguna sala de armas para la práctica de la esgrima.

En 1839 sucede un hecho importante para la historia de la cultura cubana, no recogido por los que estudian el siglo XIX. El 21 de marzo, José Rafael de Castro y Bermúdez, joven trinitario con tres años de permanencia en el Gimnasio Normal Civil y Militar de París, quien ya había publicado el artículo «Gimnástica» con el objeto de promover la instalación de un gimnasio en La Habana,¹⁶ envía una Memoria al secretario de la Sección de Educación de la Real Sociedad Patriótica, Manuel González del Valle, solicitándole el apoyo para fundar una Escuela Gimnástica guiada por los preceptos y

experiencias de Francisco Amorós —padre de la gimnasia en Francia y creador de aparatos y ejercicios que llevaron su nombre por varios años—, con el objetivo de contribuir a formar una juventud más fornida, enérgica y saludable, factores que contribuyen a mejorar el rendimiento intelectual y el comportamiento moral. En las primeras líneas de su exposición, de Castro plantea que la educación en Cuba no se ocupa de la parte física y solo tiene «por objeto el cultivo de las facultades intelectuales, olvidándose robustecer el cuerpo y dejando en la completa inacción los órganos de los sentidos y la locomoción». Al explicar la función del gimnasio, expresa:

En estos establecimientos es donde únicamente pueden hallarse los instrumentos necesarios para ejercitar como es debido todos los miembros desarrollando las fuerzas, la agilidad, la destreza y las otras cualidades de que es susceptible la especie humana; en ellos es donde el médico puede hacer sus aplicaciones dirigiendo y modificando los movimientos musculares con el fin de crear algunas máquinas propias para corregir los defectos y vicios de la naturaleza [...] es bien seguro que alternando los ejercicios físicos con los trabajos intelectuales, se verían menos jóvenes debilitarse en los colegios, minar y algunas veces destruir para siempre una robustez que prometía salud muy duradera: por este medio se evita también el fastidio que necesariamente hace de la uniformidad de una vida de colegio.¹⁷

De Castro llamaba la atención sobre un asunto enterrado desde 1818 con el proyecto de Nicolás Ruiz Palomino. La gran mayoría de la ilustración cubana, constantemente preocupada y ocupada en candentes problemas políticos, económicos, sociales, literarios, estéticos y pedagógicos, no se percató de este asunto, con excepción de José de la Luz y Caballero quien se interesa por la implantación de ejercicios físicos desde la dirección del Colegio San Cristóbal de la Habana, conocido como Carraguao, en los años 1833-1836, al orientar a los estudiantes caminatas y ejercicios al aire libre.

Los contundentes argumentos de José Rafael de Castro obtienen un cambio de actitud de la Sociedad Patriótica y los criollos ilustres. A los pocos días, el 5 de abril, esta institución, gracias al informe presentado por Luz y Caballero, miembro de la Sección de Educación y decidido defensor de esta nueva y valiosa idea, autoriza a de Castro la preparación e inauguración del Primer Gimnasio Normal de Cuba, ubicado en Consulado y Virtudes. El júbilo y el entusiasmo que motivaron los preparativos y la arrancada del Gimnasio Normal se reflejan en el intercambio epistolar de algunos ilustres criollos, que valoran la trascendencia del suceso, subestimado por ellos hasta ese momento. José de la Luz y Caballero en carta a José L. Alfonso, marqués de Montelo, le trasmite su alborozo: «Gran noticia para Pepe. Tenemos Escuela Gimnástica o mejor dicho

proyecto de Escuela Gimnástica». ¹⁸ Domingo del Monte y su hijo fueron de los primeros que se inscribieron; el ilustre intelectual resultó elegido primer presidente del Gimnasio. El 15 de abril escribe a José L. Alfonso:

Hemos formado una escuela gimnástica entre 50 suscriptores a doblón de 4 mensual: dirigirá el gimnasio el joven Rafael de Castro, primo de Casal, yerno que fue de Zuasnabar, y hábil en el ramo, pues es discípulo muy aventajado del coronel Amorós: la flor y nata de nuestra juventud está suscrita: andando el tiempo se pondrá un picadero, una sala de esgrima y una escuela de natación modo que puedan concurrir al establecimiento hasta los niños de las escuelas primarias. El gobierno no ha tenido inconveniente en conceder el permiso. De aquí en adelante se mejorará la raza degenerada y raquíta de nuestros ahilados estudiantillos, que ya casi iba a parar en monos. ¹⁹

El despegue del Gimnasio Normal y la labor de José Rafael de Castro desencadenan la fundación de gimnasios en la capital y en otras ciudades, ²⁰ el inicio en colegios privados de las clases de ejercicios gimnásticos, primera manifestación de la Educación Física impartidas por jóvenes provenientes del Gimnasio Normal, en la mayoría de los colegios, ²¹ y la publicación de trabajos que versan sobre la importancia de la gimnasia y de la Educación Física. ²²

En su informe del 1º de diciembre de 1840, la Sección de Educación reconoce que habían olvidado la Educación Física, valora como satisfactorio lo que estaba ocurriendo en los colegios con maestros de ejercicios gimnásticos y recomienda que todos los institutos y colegios deben tener profesores de estos ejercicios. En un intercambio de opiniones sobre la importancia del Gimnasio Normal, Francisco Coimbra le comenta a Domingo del Monte, en carta de 30 de septiembre de 1840, que era «un edificio de tendencias más morales que físicas en nuestra Cuba», ²³ y en carta de 21 de noviembre, le expresa: «el gimnasio es la piedra fundamental de un gran edificio que se ha de levantar en la patria». ²⁴

La organización y quehacer del Gimnasio Normal da lugar a recelos y suspicacias en algunos de los políticos españoles que reflejan su inconformidad en artículos publicados en el periódico *El Noticioso y Lucero de la Habana*, en que llegan a expresar su preocupación por «la importancia en tiempo y espacio dedicado a la creación de un gimnasio» ²⁵ por figuras provenientes de la Sociedad Patriótica y la juventud criolla ilustrada. Desde mediados de 1840 varios criollos, entre ellos el propio Del Monte, José Silverio Jorrín, José L. Alfonso, Coimbra, Manuel José Carrillo y Andrés Valdés Herrera preparan un proyecto para construir un nuevo y más grande Gimnasio Normal, que implica una elevada inversión calculada en más de treinta mil pesos. Para poder enfrentar este hermoso proyecto, recurren a la

constitución de una sociedad anónima, práctica novedosa aplicada en la construcción del camino de hierro hasta Bejucal, y otras empresas. En febrero de 1842, dicha Sociedad Anónima solicita autorización para la construcción del gimnasio, y a mediados de 1843 entrega el proyecto de reglamento interno. Cuando le devuelven el reglamento se han mutilado algunos artículos y cambiado otros. Hay dos prohibiciones fundamentales: no pueden darse clases de esgrima ni matricularse jóvenes mayores de veinte años. ²⁶ Estas limitantes son la causa de que la Sociedad Anónima decidiera desistir del proyecto. Las autoridades no querían una institución donde acudiera la juventud criolla blanca a perfeccionarse físicamente, adquirir habilidades en el manejo de las armas y efectuar intercambios de ideas. El proyecto representaba un peligro político futuro: todos los ingredientes para una conspiración.

En la medida que avanza el siglo, continúa la tendencia a fundarse gimnasios, impartirse clases de ejercicios en colegios privados, publicarse trabajos en la prensa y editarse libros y folletos sobre este tema. En 1866, funcionan en la capital varios gimnasios. ²⁷ La idea es compartida por algunos trabajadores. El obrero de la imprenta del *Diario de la Marina*, Esteban Morell, vecino del barrio de Colón, solicita al gobierno permiso para inaugurar uno. ²⁸

Todas estas instalaciones eran centros de reunión de la juventud criolla, que aprovecha sanamente su tiempo libre, realiza un entrenamiento constante que la hace más vigorosa, y contribuye a que frecuente menos, en el tiempo de ocio, las casas de juego y otros lugares que corrompen el espíritu juvenil, la preocupación de José Antonio Saco en su citado estudio sobre la vagancia en Cuba. Sin embargo, Saco no consideró al gimnasio como una vía para combatirla.

Después de casi veinte de años de estar funcionando los gimnasios, el periódico *El Siglo* valora su aporte a la sociedad cubana: «afortunadamente de una generación a esta parte se advierte algún progreso en este particular, siendo incalculables los beneficios que está proporcionando a la juventud del país el establecimiento de los gimnasios [...] De aquellos establecimientos que vemos con placer generalizarse y adaptarse en los colegios, va saliendo una juventud vigorosa». ²⁹

Tanto los gimnasios como las salas de armas se fueron convirtiendo en lugares preferidos de sectores de la juventud criolla. A fines de los años 60, en estas dos instituciones se celebran no solamente competencias internas, sino llegan a organizarse torneos que incluyen a todos los de la capital. Jóvenes

miembros de estas instituciones se incorporan a la gesta libertadora de octubre de 1868.

El deporte se convertirá, lentamente, en uno de los pasatiempos preferidos de los criollos ricos y, posteriormente, del resto de la población. La furia del béisbol, a partir de 1878, reforzará esta tendencia que se fue creando en el gusto popular. En los gimnasios se comienzan a practicar deportes que daban sus primeros pasos, como el boxeo, el tiro y el levantamiento de pesas, hasta que adquieren su independencia en prácticas y competencias.

El Gimnasio Normal no tuvo la posibilidad de desarrollar el ramo de la natación. Sin embargo, empresarios y hombres de negocio vieron la posibilidad de obtener ganancias con su práctica en el mar o con la construcción de tanques, antecedentes de las futuras piscinas. La primera instalación, conocida como la Academia de Natación de Regla, fue inaugurada en julio de 1841. La actividad se consideraba «una diversión desconocida en La Habana»³⁰ y llegó a ser la más popular por aquellos años. Otras academias fueron inauguradas, y ofrecían el servicio de enseñar a nadar o el perfeccionamiento de este ejercicio.

Las exhibiciones de equitación organizadas por el Gimnasio Normal, que van reuniendo a un público numeroso, no pasan inadvertidas para algunos hombres de dinero, quienes deciden organizar una sociedad anónima para la construcción y administración de un hipódromo, idea respaldada por las familias ricas de la capital, que quieren imitar a la *high life* de Inglaterra y los Estados Unidos. Por esos años se identifica la palabra *sport* con las carreras de caballos y los *sportmen* con los dueños de caballos, jinetes y aun los que asistían a las carreras para efectuar fuertes apuestas. El 18 de septiembre de 1840, se reúne en la Sociedad Filarmónica la junta de accionistas para la constitución de un hipódromo.³¹

El proyecto se realiza y La Habana por un corto tiempo posee un hipódromo, orgullo de la burguesía capitalina. Años después, una crónica recuerda esos días en los que se

ejecutaron carreras capaces de dar envidia a la misma Albión, emporio del sport, madre de los gentlemen-riders [...] Quién habría de decir que aquella soberbia elipse que recorrieran con la velocidad del cometa tantos corceles de sangre pura [...] La Habana tiene la satisfacción de haber poseído todo el delirio del sport por un momento.³²

La construcción de otro hipódromo tendría que esperar más de treinta años. Al no contar la capital con uno, los aficionados a este espectáculo disfrutaban de la llegada de compañías ecuestre-gimnásticas, como la dirigida por el primer jinete de Francia, Francisco Aurillon, de temporada en el teatro Tacón en el verano de 1845.

Los teatros y circos de la capital y de otras ciudades le facilitan al público entrar en contacto con varias manifestaciones deportivas que iban popularizándose en los Estados Unidos y Europa. Tal es el caso de la lucha y el boxeo francés. De Nueva Orleans llega, en abril de 1848, Mr. Charles, luchador y boxeador. Casi todos los periódicos dan la noticia como una gran diversión que no se había visto en La Habana.³³ El 8 de abril realiza la primera exhibición de lucha y boxeo francés. Fueron varios los habaneros que aceptaron el reto de Mr. Charles en la lucha. En el boxeo, solamente tuvo dos contrincantes. Estas fueron las primeras exhibiciones en Cuba de estos dos deportes. Al percatarse de la aceptación del público, los promotores incluyen, en la primera parte del programa, la lucha canaria. Mr. Charles fue vencido por el isleño Vicente Marrero.³⁴

La actuación de Mr. Charles promovió la visita, al año siguiente, de luchadores y boxeadores de los Estados Unidos. Es posible que algunos franceses radicados en La Habana transmitieran la enseñanza del boxeo francés (*savatte*) en algunos gimnasios o en clases particulares. En cuanto al boxeo inglés (*boxing*), no se conoce de exhibiciones hasta fines del siglo XIX. Pero es posible que en los gimnasios se practicara como una manera de defensa personal. Todo parece indicar que el francés François Bauge, incansable promotor de salas de armas y de gimnasios en varias ciudades de Cuba, incursionó en la enseñanza del boxeo. *El Redactor*, de Santiago de Cuba, informa a sus lectores, el 6 de agosto de 1843, que Bauge, director del gimnasio en esa ciudad, «enseña a dar trompadas [...] vendrá pronto a La Habana [...] pues que nos enseñe a dar trompadas». No se ha encontrado ninguna otra información sobre Bauge, por lo que no se puede saber si realmente impartió clases de boxeo en la capital.

La carrera pedestre no tiene acogida en Cuba hasta la década de los 80 del XIX, mientras que en Europa y los Estados Unidos tiene aceptación popular. En La Habana, Amadeo Chaumont, profesor del gimnasio del Colegio Cubano, anuncia que organizará las prácticas de ese deporte, en el invierno de 1850, en las inmediaciones del Castillo del Príncipe, pero no se tienen reportes de su realización.

El tiro con pistola fue otro de los deportes que lentamente se practicara a partir de los años 40. Juan Galletti ofrece clases en su gimnasio y un área para su ejecución.³⁵ También hay empresarios que construyen campos de tiro con pistolas y escopetas en diferentes puntos de La Habana y en otras ciudades.

El ajedrez, que llega a Cuba en los primeros tiempos de la conquista española, se juega en todo el país, por diferentes grupos y estamentos sociales, preferentemente de la raza blanca. En 1860, Félix Sicre

La llegada de la «pelota americana» ocurre en los años 60, coincidente con el rápido apogeo popular que alcanza durante y después de la Guerra de Secesión en el vecino norteamericano, con énfasis en la naciente deportemania de los colegios y universidades de aquel país.

es declarado el primer campeón de Cuba, título que pierde en un match con el campeón español, Celso Golmayo.³⁶ El deporte ciencia es el más organizado de Cuba a fines de los años 60 del XIX. En 1861 se funda el Círculo de Ajedrez de La Habana³⁷ y en 1862 llega Murphy, campeón norteamericano, que realiza la primera partida a ciegas en Cuba.³⁸

Llama la atención que en el lento desarrollo del deporte en Cuba, fundamentalmente por gestiones y participación de criollos blancos, la Universidad de La Habana se mantiene al margen de este movimiento, todo lo contrario de lo que ocurre en los Estados Unidos, Inglaterra y Europa. El centro de altos estudios no participa en los empeños y actividades encaminadas al desarrollo físico de la juventud. Las autoridades universitarias no consideraban que el estudiante necesitara realizar ejercicios físicos como parte de su formación. Esta indiferencia por la educación física trae como reacción del estudiantado interesado en este asunto, el inscribirse en gimnasios, salas de esgrima, escuelas de natación y picaderos. Algunos llegan a brillar en una o varias de estas ramas, como Antonio Bachiller y Morales, Ignacio Agramonte, Rafael Morales (Moralitos) y Manuel Sanguily. Eran universitarios deportistas; pero no existía el deporte universitario, que demorará hasta 1903 para irrumpir en el escenario deportivo habanero, por iniciativa estudiantil y con apatía institucional por estas actividades entonces extra curriculares.

En la segunda mitad del siglo XIX ocurre un constante incremento del intercambio comercial y cultural entre los Estados Unidos y Cuba. Cada día es mayor el grupo de estadounidenses que visitan o se establecen en la Isla. Se fundan pequeñas colonias de norteamericanos en ciudades como La Habana, Matanzas, Cárdenas y Cienfuegos, las que transmiten elementos de su cultura en esos sitios. Por otra parte, aumenta la cifra de cubanos que engrosan las filas de estudiantes, inmigrantes, intelectuales, viajeros, marineros, etc., que visitan o viven en aquel país y entran en contacto con la cultura estadounidense. A través de estas dos vías se forja una visión de esa sociedad, que emerge «en el imaginario cubano de los Estados Unidos como un espacio privilegiado en que se desarrollaba vertiginosamente la modernidad como una de las opciones alternativas

frente a España».³⁹ Entre los elementos consustanciales de este imaginario se encuentran los deportes, y de ellos el béisbol es el que logra enraizarse con más fuerza y permanencia en la naciente cultura cubana, hasta llegar a convertirse, a la vuelta de cuatro décadas, en el deporte-espectáculo nacional, cuya gestación es concomitante con la formación de nuestra identidad nacional en los complejos y difíciles tiempos de las guerras independentistas.

Desde los primeros momentos de su existencia en Cuba, el béisbol está signado por el alejamiento e independencia de la tradición cultural y el poder colonial de España. Este deporte desempeña un destacado papel, olvidado por casi todos los estudios de la época, en el desarrollo del sentimiento de pertenencia a lo no español, para contribuir, por tanto, al fortalecimiento de la identidad cultural cubana, enfrascada en un permanente antagonismo con la dominación de la metrópoli española. Jugar béisbol era una expresión anticolonial, opuesta a la diversión «salvaje» y «bárbara» de las corridas de toros, símbolo del tenaz sentimiento español.

La llegada de la «pelota americana» ocurre en los años 60, coincidente con el rápido apogeo popular que alcanza durante y después de la Guerra de Secesión en el vecino norteamericano, con énfasis en la naciente deportemania de los colegios y universidades de aquel país.⁴⁰ Los primeros en jugarlo en la mayor isla del Caribe, de acuerdo con los testimonios recopilados, son jóvenes blancos criollos, miembros de familias burguesas habaneras y matanceras, cuyas primeras experiencias beisboleras transcurren en los terrenos de instituciones docentes norteamericanas, a las que fueron enviados por sus padres; al regresar a su patria traen consigo dichas vivencias y los implementos (pelotas y bates).

Es escasa la información localizada en relación con el desarrollo del béisbol en sus primeros diez años de existencia en el pacífico occidente cubano, en los momentos en que, desde el centro y hasta el oriente de Cuba, transcurre la primera contienda libertadora. El primer reporte de su práctica encontrado hasta hoy, es la crónica —publicada en el matancero *Aurora de Yumuri*, el 28 de diciembre de 1874, y reproducida días después en el capitalino *El Artista*— del partido

realizado el 27 de diciembre en los terrenos del Palmar de Junco, en la ciudad de Matanzas, entre los únicos dos equipos existentes en la Isla, según los datos brindados por la citada crónica: el Havana Base Ball Club y el Matanzas Base Ball Club, con victoria para los habaneros 51 carreras por 9.⁴¹ Esta lid no debe considerarse un juego oficial, como en ocasiones se expresa, ya que no corresponde a ningún campeonato organizado.

El silencio envolverá, otra vez, el acontecer del bisoño juego de pelota de la Isla por un lapso de casi un lustro. El 3 de diciembre de 1878, los lectores de *El Triunfo*, en la sección Gacetilla, se encuentran el siguiente comentario: «miembros de la sociedad de juego de pelota que en el Vedado se divierten los domingos y ejercitan los músculos en tan útil ejercicio, han tenido la amabilidad de nombrar socio honorario al que suscribe».⁴² Semanas después, a dos años de haberse creado la Liga Nacional de Clubes Profesionales de Pelota de los Estados Unidos, se anuncia la constitución de la primera Liga de Beisbol de Cuba, por representantes de los clubes capitalinos Havana Base Ball Club y Almendares Base Ball Club, de reciente creación. El Matanzas Base Ball Club, aunque no envía delegados, informa que aceptará las decisiones adoptadas. La Liga acuerda, el 22 de diciembre de 1878,⁴³ iniciar el primer «Championship de Base Ball de la Isla de Cuba» el domingo 29 del propio mes, para lo que se utilizarían varios terrenos: Palmar de Junco, de Matanzas; el que ocupaba el Club Havana en la barriada de El Vedado, en el área comprendida, aproximadamente, por las actuales calles B, C, D, 11 y Línea; y el del Club Almendares, ubicado en el Cerro «muy cerca del parque de Tulipán, entre las calles Falgueras y Vista Hermosa, al lado del paredón del colegio de Delgado, y no muy lejos de la zanja».⁴⁴

El desafío inaugural transcurre en los terrenos de Tulipán, entre el Havana y el Almendares, con triunfo del primero, 21 carreras por 20.⁴⁵ Los jóvenes peloteros y los espectadores inauguran, sin tener conciencia de la trascendencia histórica de lo ocurrido esa tarde, «una de las tradiciones más poderosas y orgánicas de la cultura nacional»⁴⁶ y, también, la apasionada controversia de los rojos habaneros y los azules almenaristas, que durará hasta el final del beisbol profesional en los primeros años del triunfo revolucionario de 1959.

Inusitado es el novedoso espectáculo para la concurrencia que asiste a los primeros juegos de la «pelota americana», al presenciar dos decenas de jóvenes⁴⁷ lidiar en un juego casi desconocido, complejo y rico en emociones brindadas, que exige de los peloteros adrenalina, inteligencia, velocidad, fuerza y habilidades, apoyados por la pasión de los fanáticos.

El primer campeonato, con un total de seis juegos y cuyo último partido se efectúa el 16 de febrero de 1879, despierta un apasionado interés por su práctica y por engrosar los grupos de fanáticos, tanto de mujeres como de hombres, que asisten a disfrutar de las emociones de cada desafío dominical. El debut no podía ser mejor. Posteriormente, en el uso del tiempo de ocio de los criollos este nuevo deporte espectáculo comienza a desplazar a la corrida de toros, además de contar con una programación de diferentes campeonatos, durante una gran parte del año. En ocasiones coincidían desafíos de un mismo torneo o de otros convocados por diferentes ligas, en varios terrenos ubicados en barrios distantes unos de otros. La asistencia numerosa de público demuestra la preferencia de los criollos de diferentes estratos sociales por este deporte.

El juego de pelota posee, también, la posibilidad de que el espectador —niño, joven, adulto— pueda a su vez, con pocos recursos, reproducir el espectáculo en su barrio o en otro terreno y adaptarlo a sus condiciones y gusto. Algunas variantes, en un proceso de metamorfosis, han llegado a la contemporaneidad en populares y callejeros juegos del «taco», las «cuatro esquinas», «el caminado», «a dos bases», etcétera.

A las pocas semanas de finalizar el primer campeonato surgen nuevas decenas beisboleras en diferentes barriadas de Matanzas y de La Habana, en las que se llegan a organizar torneos. Con el decursar de los años 80, el monopolio capitalino y matancero de este deporte-espectáculo desaparece, al ser organizada una centena de clubes de beisbol, y campeonatos en otros pueblos y ciudades. La onda expansiva de la fiebre del beisbol abarca casi todo el país, y una cifra aproximada de doscientos equipos organizados, lo que representa un factor de integración nacional.

En los primeros tiempos, este deporte lo practica y presencia la burguesía criolla blanca, que veía en él una actividad culta, civilizada, ejemplo de modernidad y buen gusto, pasatiempo eficaz para la higiene y salud de la juventud «sensata y bien educada que quiere desarrollar sus fuerzas corporales en proporción a las intelectuales [...] que sus campos [terrenos] no son el circo táurico o la valla de gallos».⁴⁸ El beisbol es un exclusivo entretenimiento para personas cultas, por lo que no es «diversión de gente baja o populacho, sino pasatiempo de jóvenes bien educados [...] y espectáculo favorecido por nuestras más distinguidas damas».⁴⁹

No obstante, no por mucho tiempo el beisbol fue una actividad exclusiva de las familias criollas blancas adineradas, como lo era, por ejemplo, la esgrima. Lentamente, la contaminación de la fiebre beisbolera llega a las barriadas menos distinguidas, en las que

habitan familias blancas, mulatas y negras humildes. Estas llenan terrenos, plazas, parques y calles para disfrutar de las emociones del novedoso juego: «Casi a todas horas del día, en cada placer del barrio, se puede encontrar una partida de muchachos de todos colores remedando otra de base ball». ⁵⁰ Algunos de estos humildes jóvenes se convirtieron en destacados jugadores, captados por equipos de primera, en los que adquirieron popularidad y llegaron a mejorar su estatus económico y social. Por citar un ejemplo, el doctor en medicina Juan Antiga Escobar, destacado fisiólogo cubano y el miembro de más edad del Grupo Minorista (1923-27), huérfano de padre, con varios hermanos, recibe retribuciones en dinero en diferentes decenas hasta que es captado para el Club Habana por Emilio Sabourín y del Villar, quien le entrega periódicamente en «gratificación, la cantidad de 80 a 100 pesos, más los regalos extras [...] cubriéndome todas mis necesidades y las de mi familia [...] hasta obtener mi título de médico, fecha en que dejé el beisbol». ⁵¹

En los primeros años, esta masa de aficionados se integra al público que asiste, gratuitamente, a presenciar los juegos dominicales de beisbol, detrás de las cercas o desde las gradas habilitadas para este fin, separados de las familias criollas blancas adineradas que, en unión de los socios de los clubes contendientes, son ubicados en las glorietas. La prensa se hace eco de la difusión de la práctica del beisbol por «negritos en todos los barrios y las calles». ⁵² En las primeras tres décadas del beisbol cubano, Alfredo Arcano es el primero de los contados peloteros negros que juegan en equipos de blancos, hecho que ocurre en 1886, al entrar, con dieciocho años, en el Club Fe Infantil. Dos años después debuta en el Habana, donde se mantiene por casi veinte temporadas. ⁵³ El caso de Arcano no es muy común. En el siglo XIX cubano, coexisten los campeonatos de blancos y de negros. Estos últimos tienen su inicio el 23 de junio de 1887, en los terrenos del Almendares, con la participación de los equipos Comercio (rojo) y Fraternidad (carmelita), que discuten un premio de quinientos pesos. ⁵⁴ Los torneos de clubes negros excluyen a peloteros blancos y son presenciados, principalmente, por personas de la raza negra, y se reproduce la selección del público sentado en la glorieta, como en el beisbol blanco.

La furia del juego de pelota es tan fuerte, que en la medida en «que el juego fue siendo comprendido por el pueblo, los niños abandonaron las bolas de cristal, papalotes y trompos, integrándose a los placeres del beisbol», ⁵⁵ hasta llegar a ocupar un lugar preferente en el mundo lúdico infantil y juvenil de los cubanos. Se logra además, en gran medida, eliminar la exclusión racial y social en los partidos de niños y jóvenes,

practicándose así una democracia no vista en la estructura de la sociedad colonial.

La aceptación por la sociedad criolla se refleja, por otro lado, en la popularización de muchos de sus términos, españolizados por el uso diario como: «pichear», «quechear», «ponchar», «batear», etc., y en expresiones relacionadas con la dinámica de este juego, extrapoladas a diferentes situaciones de la cotidianidad social e incorporadas al lenguaje popular como «coger fuera de base», «estar en tres y dos», «irse en blanco», etcétera.

El tema de la pelota es cada vez más recurrente en tertulias, pasillos y aulas de la Universidad de La Habana, institutos y colegios, lugares de recreación, parques, calles, reuniones informales de cualquier edad, centros laborales; entre escritores, filósofos, poetas, dramaturgos, músicos y caricaturistas; obras de teatro, poemas, composiciones musicales y caricaturas inspirados en el juego de pelota. Entre los que hablaron del beisbol están Julián del Casal, Wenceslao Gálvez, Enrique José Varona, Bonifacio Byrne, Ignacio Sarachaga, Rafael Montoro, Manuel S. Pichardo, Ricardo de la Torriente, Raimundo Valenzuela y Mazzorana. En diarios y revistas, los periodistas comienzan a publicar trabajos sobre este deporte. Algunas de estas publicaciones, como las revistas *El Fígaro* y *La Habana Elegante*, son órganos de prensa de una o de varias sociedades de beisbol. Importantes periódicos aumentan en sus páginas el espacio dedicado a la «pelota americana», tratada al principio en la Gacetilla y, posteriormente, en una sección independiente, lo que contribuye a difundir lo acontecido en el mundo del beisbol norteamericano y del cubano.

En el auge beisbolero participó un grupo de empresarios, entusiasmados por las posibilidades de incrementar su capital, los que a su vez, con sus acciones, contribuyen a expandir deporte. A este grupo pertenecen varios dueños de imprentas, dispuestos a satisfacer la demanda informativa despertada por el apogeo del beisbol, por lo que publican traducciones de las reglas de dicho deporte, o la Guía de Beisbol, con datos y estadísticas de la Liga Profesional de los Estados Unidos y de la Liga de Cuba, impresión de cartones para venderse en los propios terrenos y facilitar que el aficionado lleve los resultados de un desafío; reproducciones de volantes, retratos de equipos completos o de individualidades, de coplas, caricaturas, partituras de piezas musicales, convocatorias a torneos, banderitas de los diferentes clubes, etc.; edición de publicaciones especializadas en beisbol, entre las que están *Base Ball*, pionera de las revistas deportivas cuyo primer número sale a la calle el 2 de octubre de 1881, *El Pitcher*, *El Catcher*, *El Habanista*, *El Pelotero*, *El Sportman Habanero*, *El Score*, *El Sport*, la más importante

publicación deportiva del siglo XIX y otras más hasta casi una veintena. Tiendas, ferreterías, perfumerías, quincallas, sastrerías, fábricas de zapatos, estudios de fotografía, ofrecen un variado surtido de trajes, zapatos, pelotas, bates, gorras, guantillas, protectores, caretas, importados o producidos en la Isla, para satisfacer la demanda de los equipos organizados y de los aficionados. Inversionistas individuales o de sociedades anónimas controlan los terrenos, con sus respectivas glorietas, gradas y otras edificaciones, dispuestos a incrementar la recaudación por concepto de asistencia del público, tratan de elevar la calidad del espectáculo. Para esto buscan jóvenes peloteros de excelentes rendimientos a los que entregan dinero, lo que origina el deporte como medio de subsistencia y no —como era en las primeras temporadas—, un entretenimiento. El primer equipo del béisbol cubano profesional se constituyó en 1893 por la firma de tabacos El Águila de Oro.⁵⁶ Igualmente incrementan la cantidad de partidos en los campeonatos (la Liga de Béisbol de Cuba alargó la temporada hasta los meses de mayo y junio, con una programación de hasta cincuenta desafíos), se organizan partidos y series no incluidas en torneos oficiales; se anuncian por varias vías el espectáculo; se adquirirían peloteros de otros clubes mediante el ofrecimiento de dinero, acción que también contribuía a la profesionalización del deporte; se programaban otras actividades deportivas (carreras pedestres, de caballos o de velocípedos y de bicicletas) o de otro tipo (bailes) como parte del espectáculo; los dueños de medios de transporte colectivos urbanos ofrecían servicios especiales hasta las mismas entradas de los terrenos, mientras que los ferrocarriles ofrecían precios módicos y salidas especiales para transportar equipos y aficionados de una ciudad a otra; los propietarios de fábricas de perfumes, cigarros, etc., ponían el nombre de equipos de béisbol a sus productos.

En toda la historia de los deportes en Cuba no se reporta tan febril apasionamiento como el ocurrido con el béisbol. Es el único deporte-espectáculo cuya impronta ha penetrado por muchos de los resquicios de la sociedad criolla, por haberse difundido por casi todo el territorio y ser acogido con calor, como practicantes y espectadores, por una gran parte de las diferentes clases, grupos y estamentos sociales, tanto blancos como negros. Es indudable que este deporte tuvo la posibilidad de contribuir a una cultura de integración nacional.

No solamente llega de tierras norteamericanas la experiencia beisbolera. La burguesía criolla asume otras prácticas deportivas que llegan a estar de moda en el país vecino. Algunas logran imponerse en el gusto y la preferencia, de la *high life* criolla, que las consideran parte de su

patrimonio y sello identitario de elegancia y distinción, característico de su estatus, como el yatismo,⁵⁷ el *lawn tennis* (tenis de campo)⁵⁸ y el polo ecuestre,⁵⁹ los que exigen disponibilidad de recursos financieros y tiempo de ocio para su práctica. A pesar de ser introducidos en Cuba en los años 80 del siglo XIX, estos deportes no rebasan la frontera de la exclusividad social y serán símbolos de poder y riqueza hasta la llegada de la Revolución. También la burguesía asume otros deportes-espectáculos —de alcance popular en la sociedad norteamericana— a partir de fines de los años 70. Al principio de su arribo a la Isla son insertados como parte de sus actividades sociales, como el patinaje, los remos, la natación y el ciclismo, los que después llegan a tener cierta aceptación entre elementos de la mediana y pequeña burguesía y sectores humildes, pero no se integran al torrente deportivo popular con la fuerza del béisbol.

El fin de la primera guerra de independencia, en 1878, trae consigo cambios en todas las esferas de la sociedad colonial. La corona de España promulga «circulares, decretos, reales órdenes y leyes que pretendían crear un clima de distensión y dar la apariencia de que se concedían a la Isla todo tipo de libertades».⁶⁰ Surgen como expresión de lo discutido anteriormente: un significativo número de sociedades que responden a disímiles grupos sociales e intereses, entre ellas las de carácter deportivo⁶¹ en mayor número relacionadas con el béisbol, signadas, generalmente, con el término *club*, reflejo de la influencia norteamericana. Presentan formas de organización parecidas a las existentes en los Estados Unidos, cadenas trasmisoras e impulsoras de algunos de los deportes ya conocidos, y de los nuevos que arriban del norteamericano vecino en las tres últimas décadas de la centuria decimonónica. Entre las sociedades deportivas más importantes se encuentran el Club de Ajedrez de la Habana, Club de Esgrima de la Habana, Habana Yacht Club, Club Gimnástico de Prado y Club Biciclista de la Habana. No siempre la práctica y exhibición de los nuevos deportes importados de la cultura estadounidense son organizados y controlados por una sociedad establecida oficialmente, sino que sus promotores son empresarios o practicantes capaces de ofrecer clases para su conocimiento o para organizar competencias, como el caso del patinaje o el tenis.

Otra característica de las últimas tres décadas del siglo XIX es el papel de la mujer en algunos deportes. Además de asistir a las instalaciones deportivas, las mujeres son pioneras, junto a los hombres, en la práctica y competición del patinaje, el tenis y el ciclismo. En el deporte de los remos compiten ocasionalmente.

Al arribar el año 1895, el mundo deportivo en la Isla —con más accionar en la capital—, se caracteriza por las competencias establecidas o eventuales —en

algunas participan deportistas de otros países (ajedrez, ciclismo, pelota vasca y esgrima)— de un conjunto de deportes que ocupan, cada vez más, el tiempo libre de la población. Entre ellos están beisbol, esgrima, gimnasia, tiro, ajedrez, remos, natación, yatismo, tenis, pelota vasca, patinaje, ciclismo, polo ecuestre y carreras de caballos; además de exhibiciones ocasionales de lucha, levantamiento de pesas y boxeo.

La trama urbana se enriquece con las instalaciones deportivas construidas para hacer realidad los deportes al aire libre: terrenos de beisbol (algunos tienen anexadas en sus áreas campos de tiro, hipódromo, pista para carreras y velódromo), *ground* de tenis, hipódromos y muros para pelota vasca; locales techados utilizados como gimnasios, salas de esgrima y pistas de patinaje. También puede apuntarse que ciertos edificios de sociedades y algunos teatros se utilizaron para competencias de esgrima y ajedrez.

La guerra independentista iniciada en 1895, que llega a extenderse del oriente al occidente, afecta al quehacer del beisbol y de otros deportes. Durante el interregno interventor norteamericano (1° de enero de 1899-20 de mayo de 1902) se comienzan prácticas y exhibiciones públicas de varios deportes como el fútbol americano (intercolegial), boxeo,⁶² jai alai⁶³ y pin pon,⁶⁴ que constituyen algunas de las tantas novedades integradas a los presupuestos de «modernidad», «civilización» y «progreso» que caracterizaron el discurso de las autoridades de la primera ocupación militar norteamericana en Cuba. De estos deportes, el fútbol americano, el de mayor arraigo en la deportemania universitaria estadounidense y creador de héroes deportivos, es el más apreciado por algunos grupos de la juventud estudiantil habanera y, luego, de otras ciudades de la Isla. A los quince meses de haberse realizado la primera exhibición entre las tripulaciones de los barcos de guerra Iowa y Virginia,⁶⁵ jóvenes cubanos deciden competir con un equipo de soldados del séptimo Regimiento de Caballería del ejército de ocupación, con más experiencia, en un partido celebrado el 7 de abril de 1900 en el hipódromo de Buena Vista.⁶⁶ Estas exhibiciones y otras posibles, pero no recogidas por la prensa nacional, dejan la semilla que fertiliza en un grupo de jóvenes, varios universitarios, que deciden reiniciar las prácticas de este deporte a los pocos días del inicio del curso académico 1902-1903.

El boxeo se arraigó con cierta fuerza en los sectores populares de varios territorios de Cuba. Aunque no existen reportes en la prensa de improvisados carteles boxísticos, todo parece indicar que se realizaron y, a veces, provocaron desórdenes públicos que preocuparon al gobierno civil, que acuerda recomendar a los gobernadores provinciales no autorizar este espectáculo, orientación no cumplida, como lo demuestran los

combates realizados en el Teatro de Marianao por boxeadores norteamericanos —posiblemente miembros del ejército de ocupación— y cubanos.

Al finalizar el siglo XIX para la mayoría de la población urbana y rural de la Isla, tanto blanca como negra, adinerada o pobre, el deporte-espectáculo preferido era el beisbol. En determinados grupos sociales, de diferentes ciudades, varios deportes van conquistando un espacio entre las opciones culturales. Crece el número de sociedades que organizan su práctica y competición, las instalaciones dedicadas a estas actividades enriquecen la trama urbana y el deporte se va integrando a la cotidianidad social cubana.

Notas

1. José Antonio Saco, *La vagancia en Cuba*, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1946, p. 53.
2. Véase Colectivo de autores, *Fiestas populares y tradicionales cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998; Virtudes Feliú, *Fiestas y tradiciones cubanas*, Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, p. 129; Juan Pérez Villarreal, *Oriente: biografía de una provincia*, Siglo XX, La Habana, 1960, p. 142.
3. Pablo Riaño San Marful, *Gallos y toros en Cuba*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2002.
4. José Hernández Moreno y otros, *Lucha canaria. Historia, estructura y técnica*, Viceconsejería de Acción Exterior de Relaciones Institucionales, Gobierno de Canarias, 2000, pp. 26-7.
5. «Remitido», *Faro Industrial de la Habana*, La Habana, a. VIII, n. 97, 3 de mayo de 1848, p. 2.
6. Carlos Venegas Fornias, *Cuba y sus pueblos: censos y mapas de los siglos XVIII y XIX*, Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2002, p. 103.
7. *Diario de Cuba*, La Habana, Suplemento, 1° de abril de 1843, p. 2.
8. Jacobo de la Pezuela, *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de la Isla de Cuba*, t. III, Imp. del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, p. 348.
9. Datos brindados al autor por Luis Arévalo, el historiador de la lucha en Cuba, 1999.
10. «Aviso», *Papel Periódico de La Habana*, La Habana, 29 de diciembre de 1808. Reproducido en *Panorama histórico de la Educación Física II. Primer curso de especialización deportiva de periodismo*, s/e, s/f, pp. 2-3.
11. *Ibidem*, p. 3.
12. *Memoria de la Real Sociedad Económica de la Habana*, t. IV, a. II, n. 23, La Habana, julio-diciembre de 1818, p. 366.
13. J. Vicens Vives, *Historia de España y América*, t. IV, Vicens-Vives, Barcelona, 1961, p. 499.
14. *Ibidem*.
15. «Academia de Esgrima», *Diario de La Habana*, La Habana, 31 de octubre de 1838, p. 4.

16. «Gimnasia», *La Cartera Cubana*, La Habana, pp. 193-200.
17. «Escuela Gimnástica», *Memoria de la Sociedad Patriótica de la Habana*, t. 7, La Habana, 1839, pp. 415-7.
18. «Carta de José de la Luz y Caballero» (31 de marzo de 1839), Colección Manuscritos, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana.
19. «Carta de Domingo del Monte» (15 de abril de 1839), *Revista Biblioteca Nacional*, v. IV, a. II, nn. 1-6, La Habana, julio-diciembre de 1910, p. 100.
20. Matanzas (1840), Trinidad (1841), Puerto Príncipe (1842), Santiago de Cuba (1843), Remedios (1845).
21. Todos estos centros docentes, pioneros de la Educación Física en Cuba, realizaron al final de curso exhibiciones de ejercicios gimnásticos, con la asistencia de muchas personas
22. Manuel Valdés Miranda, «Gimnástica: voluntad de acción», *Diario de La Habana*, La Habana, 7 de noviembre de 1839, p. 2; «Gimnasio Normal Cubano», *Diario de La Habana*, La Habana, 18 de abril de 1841, p. 2; José de la Luz Hernández, «Gimnástica», *Diario de La Habana*, La Habana, 3 de enero de 1842, p. 2; 4 de enero de 1842, pp. 2-5; 5 de enero de 1842, pp. 2-5; 10 de enero de 1842, p. 2; 30 de enero de 1842, pp. 2-4; 31 de enero de 1842, p. 2; «Gimnástica», *Faro Industrial de La Habana*, La Habana, 29 de mayo de 1843, p. 4; Manuel Valdés Miranda, «Educación física, moral y religiosa antes del matrimonio», *Faro Industrial de La Habana*, La Habana, 11 de julio de 1843, p. 2; «Gimnástica», *La Prensa*, La Habana, 24 de enero de 1843, p. 3.
23. «Carta de Francisco P. Coimbra» (30 de septiembre de 1840), *Centón Epistolario*, t. IV, Academia de Historia de Cuba, La Habana, 1923, p. 184.
24. «Carta de Francisco P. Coimbra» (21 de noviembre de 1840), *Centón Epistolario*, ed. cit., p. 185.
25. Luis González Socarrás, *Reflexiones históricas sobre la Educación Física*, La Habana, 2001, p. 14 (inérito).
26. «Carta de Agustín Barón Horullas» (28 de septiembre de 1843), *Centón Epistolario*, ed. cit., p. 139.
27. Gimnasio Normal (Consulado y Virtudes), Gimnasio Cratógeno (Ánimas n. 168 entre Gervasio y Belascoaín), Gimnasio Médico Ortopédico (San José n. 48 esquina a Campanario, para ambos sexos), Gimnasio de Prado (para ambos sexos), Gimnasio de Guanabacoa (Cadenas n. 4 y medio, para ambos sexos), Gimnasio de Regla (calle Santuario), Gimnasio de Jesús del Monte y Gimnasio de la calle San Isidro. El primer gimnasta cubano que obtuvo un premio internacional fue Juan de Dios Figueroa, vencedor de la competencia programada en la Exposición Internacional de París, en 1857.
28. Archivo Nacional de Cuba, Fondo Gobierno Superior Civil, Legajo 1353, n. 52906, 17 de enero de 1851.
29. *El Siglo*, La Habana, 15 de agosto de 1866, p. 2.
30. *Diario de La Habana*, La Habana, 8 de julio de 1841, p. 5.
31. *Ibidem*, 17 de septiembre de 1840, p. 4.
32. *La Prensa*, La Habana, 18 de septiembre de 1844, p. 3.
33. «Correos de La Habana: Mr Charles», *Avisador del Comercio*, n. 73, 2ª época, 8 de abril de 1848, p. 2, y «Noticias Locales: Boxeo», *Faro Industrial de la Habana*, a. VIII, n. 78, 9 de abril de 1848, p. 1.
34. Sobre los sucesos de la victoria del isleño y la huida de Mr. Charles, al tener conciencia de su derrota, se escribieron unas décimas que fueron publicadas por la imprenta de Torres y Carlota Milanés lo recoge en una carta enviada a uno de sus hermanos. «Notas Locales», *Faro Industrial de La Habana*, a. VIII, n. 108, 16 de mayo de 1848, p. 1.
35. «Tiro de pistola y Sala de Armas», *Diario de la Marina*, La Habana, 3 de enero de 1849, p. 4.
36. *LPV*, La Habana, 17 de enero de 1978, p. 33.
37. «Ajedrez», *El Moro Muza*, La Habana, a. 27, n. 216, 3 de marzo de 1861.
38. *El Siglo*, La Habana, 18 de octubre de 1862, p. 3.
39. Véase Luisa Campuzano, «Mirando al norte: viajeros cubanos a los Estados Unidos (1840-1900)», en Rafael Hernández (compilación, introducción y notas), *Mirar al Niágara. Huellas culturales entre Cuba y los Estados Unidos*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2000, p. 57.
40. Los dos primeros reportes de existencia del beisbol en Cuba, no avalados por documentos son: a) Testimonio realizado por Nemesio Guilló donde afirma que trajo de los Estados Unidos el primer bate y la primera pelota de beisbol en 1864 y que al principio se jugaba una especie de fongueo; b) la tradición oral matancera afirma que, en 1865, la tripulación de una goleta de los Estados Unidos, surta en el puerto de esa ciudad, juega beisbol con un grupo de obreros portuarios.
41. La crónica de *Aurora de Yumurí* es tomada de Martín Socarrás Martón, *Notas para la historia del beisbol en Cuba*, s/f, inédito, pp. 5-6. La crónica de *El Artista* utilizada para este trabajo es la reproducida en el libro de Wenceslao Galvez y Delmonte, *El Base Ball en Cuba. Historia de Base Ball en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizados en el juego citado, ni de ninguna otra*, Imp. Mercantil de los herederos de Santiago Spencer, La Habana, 1889.
42. Gacetilla «Muy agradecido», *El Triunfo*, La Habana, 3 de diciembre de 1878, p. 3.
43. Gacetilla «Championship», *La Voz de Cuba*, 27 de diciembre de 1878, p. 3.
44. Wenceslao Gálvez y Delmonte, ob. cit., p. 68.
45. A pesar de estar identificado por la prensa el lugar donde ocurrió el primer juego del Campeonato — que es el primer juego oficial del beisbol cubano —, existe una tarja en los jardines del hospital materno-infantil América Arias, de Línea y G, El Vedado, en la que se dice que ahí se jugó el primer desafío del campeonato de 1878. No es hasta 1881 cuando el Havana Base Ball Club arrienda al gobierno municipal, por ocho años, ese terreno. Desde mediados de 1881 lo comienza a utilizar y el 17 de junio de 1882 se inaugura la glorieta.
46. Félix Julio Alfonso López, «Las narrativas del beisbol en la construcción del nacionalismo cubano (1880-1890)», en María del Pilar Díaz Castañón (compilación e introducción), *Perfiles de la nación*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 126.
47. Aunque en el desafío del 27 de diciembre de 1874 eran nueve los integrantes de cada equipo, en el campeonato de 1878, y hasta los primeros años de la década de los 90, los equipos los integraban diez jugadores, por eso eran llamados «decenas». La posición número diez era el llamado «right-short», ubicado entre el short stop y la segunda base.

Carlos E. Reig Romero

48. «Ese es el camino», *El Triunfo*, La Habana, 25 de febrero de 1882, p. 3.

49. *El Triunfo*, La Habana, 4 de enero de 1881, p. 3.

50. «Base Ball», *El Triunfo*, La Habana, 22 de marzo de 1882, p. 3.

51. Juan Antiga, «Mi homenaje a Emilio Sabourín», *Alma Mater*, n. 5, 2ª época, La Habana, abril de 1929.

52. «Glorietas», *El Triunfo*, La Habana, 2 de julio de 1882, p. 3.

53. Severo Nieto, «Ficha de Alfredo Arcano», *Archivo del Beisbol Cubano*, (inédito).

54. *Ibidem*.

55. Wenceslao Gálvez y Delmonte, ob. cit., p. 20.

56. *Ibidem*, p. 79.

57. El primer reporte de una regata de yates corresponde al 16 de mayo de 1886. Para esa fecha ya hay diez *yachts* en la bahía de La Habana. La primera regata oficial, organizada por el Havana Yacht Club ocurre el 20 de mayo de 1887.

58. El primer terreno para jugar el tenis es construido en la residencia de los hermanos Francke, ubicada en Paseo, esquina a 7ª, El Vedado, en abril de 1888. Semanas después se construyen otros terrenos en El Vedado y en el Cerro. Es un deporte practicado al inicio por muchachas y, al poco tiempo, también lo juegan los varones, entre los que está el excelente músico cubano Ignacio Cervantes. El primer torneo se organiza en octubre de 1894.

59. El primer partido se celebra el 20 de octubre de 1883 en el Hipódromo de Mariano.

60. Véase María del Carmen Barcia Zequeira, *Una sociedad en crisis: La Habana finales del siglo XIX*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2000, p. 79.

61. Desde 1878, basados en el artículo 13 de la Constitución de la Restauración Española de 1876, y hecha extensiva a Cuba y Puerto Rico por el Real Decreto del 7 de abril de 1881, comienzan a constituirse sociedades en Cuba. La Ley de Asociaciones es promulgada el 13 de junio de 1888. Según el estudio de la doctora

María del Carmen Barcia, entre 1878 y 1879 se inscriben en La Habana cerca de cuarenta sociedades deportivas, para ocupar el cuarto lugar del total de las inscritas, solo superadas por las gremiales, las de recreo y las de instrucción, recreo y socorro.

62. El primer cartel boxístico efectuado en Cuba de que se tenga noticias hasta hoy, ocurre el 18 de marzo de 1899, en el teatro Sauto de Matanzas, con un total de tres combates, con una duración de diez minutos cada uno. Los contrincantes eran soldados norteamericanos acantonados en ese territorio.

63. Jai alai (en vasco significa «fiesta alegre»). Nombre utilizado en Cuba para referirse a la cesta punta, modalidad de la pelota vasca. En Cuba llegó a través de las gestiones iniciadas en el ayuntamiento de La Habana, en abril de 1898, por uno de los hermanos toreros Mazzantini. Después de casi tres años de gestiones y ajetreos, en los que interviene el propio gobernador militar norteamericano Wood, se inaugura el 3 de marzo de 1901 el frontón ubicado en las calles Virtudes, Marqués González, Concordia y Lucena, que se le conoce como el Palacio de los Gritos. Constituyó uno de los grandes negocios deportivos, en el que había elevadas apuestas.

64. El pin pon, llamado años después tenis de mesa, llega a Cuba por el comerciante F. A. Baya, establecido en La Habana con una óptica y tienda de variados artículos, entre ellos los deportivos. Comienza a vender los implementos de este deporte, de moda en esos momentos en los Estados Unidos, en los primeros días de mayo de 1902.

65. *El Nuevo País*, La Habana, 6 de enero de 1899, p. 2.

66. Gaceta: «Partido de Foot Ball», *Diario de la Marina*, La Habana, 7 de abril de 1900, p. 2.

© TEMAS, 2007